Pilato se estremece; pero esperando aun poder calmar á estos tigres sedientos de sangre, vuelve á preguntar:

—«¿Qué crímen ha cometido? Lo repito; yo le he interrogado y no lo encuentro culpable. No, no merece la muerte.»

El furor del pueblo no conoce ya límites: todos los ojos fulguran; el encarnado ó la palidez de la cólera se ve en todos los semblantes, y en medio de los pateos y rechinamientos de dientes, se eleva otra vez este grito de sangre:

—«¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»

Una nube de polvo oscurece la sala; las bóvedas del palacio se estremecen, y un movimiento confuso, semejante al lejano rumor del trueno, resuena en la ciudad y tiene eco en las montañas vecinas.

Indigno del nombre romano, Pilato cede en fin al miedo; pero quiere declinar la responsabilidad del crímen con que el pueblo va á mancharse.

Con esta idea, da una órden secreta á uno de sus esclavos, el cual va y vuelve inmediatamente, trayendo en una mano una bacía de plata, y en otra un jarro de Corinto.

El pueblo observa esto con muda sorpresa.

El esclavo se acerca á su señor ofreciéndole aquel servicio, y Pilato se lava las manos, creyendo acallar con esta vana formalidad el grito de su conciencia y las acusaciones de la futura gente.

—«Pues lo quereis hombres feroces, exclama, satisfaced vuestros ódios. Yo no me asocio á vuestra iniquidad: mis manos están limpias de la sangre de Jesús.»

El ángel que en Gosen (1) pasó en otro tiempo, sin entrar,

(1) En la comarca de Gosen, una de las más fértiles de Egipto, estableció José á su padre y hermanos con autorizacion de Faraon. *Génesis, cap. XLVII.* En esta misma comarca hubieron de celebrar por la primera vez los hebreos

por delante de las casas señaladas con la sangre del cordero, se cierne sobre la Judea y entrega sus hijos al juicio del Eterno, dejando caer sobre ellos las palabras que aniquilan á las naciones, cuando han agotado la longanimidad de Dios. Y la espada fulgurante del ángel sombrío graba estas palabras en láminas de bronce, que va á depositar á los piés de Jehová.

El ángel de Israel palidece, aparta la vista, y desaparece volando. Así, abandonados y malditos, los indignos descendientes de Abraham pronuncian ellos mismos su sentencia.

—«¡Muera Jesús, exclaman, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Y el pálido terror y el silencio de los sepulcros extienden sus cetros sobre esta multitud desenfrenada: solo el arrepentimiento se mantiene apartado.

Jesús es conducido al vestíbulo del palacio, donde ya le esperan hombres armados de varas.

Barrabás es puesto en libertad. Luego que sus miembros no sienten el peso de los hierros, cuando sus oidos no oyen ya el siniestro ruido que producian aquellos al menor de sus movimientos, lanza aullos de alegría, corre, se detiene, corre otra vez, y se precipita en medio de la multitud, la cual retrocede espantada al acercarse el feroz asesino que acaba de libertar.

¡Musa de Sion! afloja las cuerdas de tu lira para que solo dé sonidos lastimeros y lúgubres, acompañando la trémula

la fiesta de la Pascua, que Moisés instituyó á su partida de Egipto. Este profeta sabia que, durante la noche, el ángel del Señor debia exterminar á todos los primogénitos, y ordenó á los suyos señalar sus puertas con la sangre del cordero pascual. Por esta señal, el ángel reconoció las casas de los Israelitas, y pasó sin entrar en ellas. *Exodo, cap. XII.*

voz del poeta que osa cantar la flagelacion, el manto de púrpura y la corona de espinas.

Los soldados y los hombres más feroces del pueblo que han seguido á Jesús, le rodean con ansioso furor y le despojan de sus vestidos, como la tempestad despoja á la palma solitaria que crece en un árido desierto, y cuya fresca sombra era la última esperanza del viajero extraviado.

Jesús es arrastrado hácia una columna; átanle á ella fuertemente, y... las varas sacrílegas se tiñen en la sangre del Hijo de Dios.

Elohá lo ve... lo ve, y el dolor le arranca de los Cielos, y le precipita hácia la Tierra.

Un manto de púrpura envuelve luego el flagelado cuerpo de Jesús; una caña, emblema sarcástico del cetro de los reyes, es puesta en su mano derecha, y agudas espinas tejidas en forma de corona se clavan en su frente.

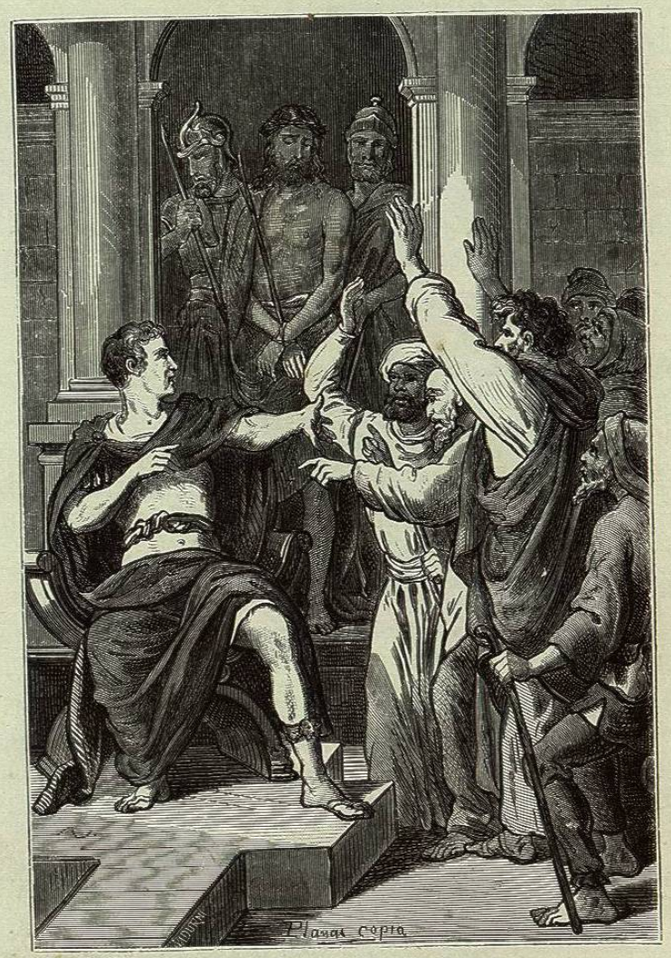
El divino Elohá, prosternado en el polvo como un simple mortal, adora al Salvador del mundo en su voluntaria humillacion...

¡Ay! Mi mano queda inmóvil en las cuerdas de mi arpa, y nudos de dolor apagan mi voz en mi garganta. No, no es posible á ningun sér humano cantar los padecimientos de un Dios.

Pilato recobra aun bastante valor para aventurar el último llamamiento á la piedad del pueblo. Conduciendo él mismo á Jesús á la vista de la multitud, dice:

—«Os le traigo para deciros por última vez, que no merece la muerte. *¡Ecce Homo!* Miradle: no es así como un criminal se presenta ante sus verdugos.»

Los ángeles que rodean al Mesías leen en su semblante los votos que hace por sus discípulos y demás escogidos,



¡Ecce-Homo! (Canto VII.)

cuyas augustias ve, y los inmortales se dispersan para ir á consolarlos.

La presencia de Jesús abrumado por el dolor, cubierta de sangre su frente, y revestido con las insignias de una irrisoria dignidad real, lejos de aplacar al pueblo, aumenta su furor, y mil y mil voces gritan otra vez:

—«¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»

—«Hacedlo vosotros, si á ello os atreveis; yo por mí le proclamo inocente.»

Así habla Pilato, y después se aleja.

Caifás le sigue, le detiene y dice:

—«Nuestra ley le ha condenado; es preciso que muera, porque osa llamarse Hijo de Dios.»

A este nombre, el romano se siente acometido de un temblor involuntario, y volviendo cerca de Jesús, le pregunta con voz alterada:

—«Dime: ¿cuál es tu orígen?»

El Mesías guarda silencio; y ofendido Pilato, exclama:

—«¿Olvidas que tu vida depende de mí?»

Entonces responde Jesús:

—«Tú no tendrias ese poder, si Dios no te lo hubiera dado; y cualquiera que sea el uso que de él hagas, los que me han acusado serán siempre más culpables que tú.»

Entonces los sacerdotes, alentados por la cólera que revela el semblante del Pretor, exclaman y dicen todos á un tiempo:

—«Si no nos entregas á Jesús, no eres amigo del César; pues el que se declara rey de un país sometido á los romanos, se rebela contra el César por este mismo hecho, y es reo de muerte.»

Pilato comprende toda la perfidia de estas palabras; pero